

ACOMPañAR CON ESPERANZA HASTA EL FINAL DE ESTA VIDA

La ley de la eutanasia, o del suicidio asistido, nos anima a tirar la toalla cuando el enfermo sufre una enfermedad extrema y él mismo nos pide que le facilitemos la muerte. Ante esta situación tenemos que reaccionar positivamente para defender la vida humana incluso en esas circunstancias. Los medios paliativos que hoy nos ofrece la ciencia y, sobre todo la fe en Jesucristo, nos han de levantar el ánimo y ayudar al enfermo acompañándole con esperanza hasta el final natural de su vida.

La Conferencia Episcopal Española nos ha ofrecido un interesante y necesario documento que lleva por título *“La ancianidad: riqueza de frutos y bendiciones. Orientaciones para la pastoral de las personas mayores”*. Repasemos alguna de sus páginas:

“La dignidad de cada ser humano es inherente, intrínseca, inviolable e independiente de las condiciones que lo rodean. Aunque el dolor, el sufrimiento y la enfermedad son realidades que nos hacen sentir impotentes, la respuesta no se encuentra en descartar la vida de una persona enferma, porque cuando ya no es posible curar a la persona de su enfermedad es obligatorio éticamente acompañarla en los momentos finales de su vida en este mundo. Para ello se debe disponer de unos buenos cuidados paliativos integrales, de los que forma parte también una pastoral y acompañamiento que dé esperanza y aliento a las personas en el camino final de su vida, atendiendo a sus necesidades espirituales, entendidas más allá de lo estrictamente religioso. Estos cuidados paliativos deben estar planificados para atender todas las necesidades de la persona en esa situación, y deben ser ejercidos con misericordia y humanidad, lo cual nos recuerda la figura del buen samaritano volcado sobre el herido.

Por lo tanto, es decisivo reaccionar y acercarnos al que sufre, al que está viviendo los momentos finales de su vida, al que está sumergido en el mundo de la soledad para descubrir, de cerca, que es un hermano necesitado que nos está llamando, que necesita las manos, la mirada, la cercanía de quien se identifica con las palabras de Jesús: «Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos, me lo hicisteis a mí» (Mt 25, 40).

Hemos de tener en cuenta que la mayor parte del sufrimiento, aparte de provocarlo el dolor físico, tiene que ver también con temas espirituales emocionales, sociales y con la incapacidad que tiene quien se encuentra en esta situación para resolver los interrogantes más profundos de su vida. Este aspecto espiritual es quizás ignorado con frecuencia por la medicina, pero es el que los enfermos demandan más conforme su vida se va debilitando y acabando.

Recordemos que, a medida que se va envejeciendo y consecuentemente la condición física va debilitándose, la dimensión espiritual, que es genuinamente humana, puede fortalecerse, ya que es especialmente importante en los momentos más críticos de la vida del ser humano y le sitúan en una vivencia que puede considerarse más profunda y auténtica, como se desprende de una reflexión del doctor Moisés Broggi:

“Cuando parece que todo ha terminado y que las degradaciones y pérdidas de la vejez lo abarcan todo, todavía es posible una tercera etapa que podemos calificar como la de la vida espiritual, que significa el desarrollo de la vida interior. El anciano acaba comprendiendo que el mundo que le rodea ya no es su mundo y que su propio cuerpo se está derrumbando visiblemente. Ya no es posible identificar su propio «yo» con todo aquello que está desapareciendo y es necesario dirigirlo hacia el sentido de aquella parte espiritual y escondida que

todos llevamos dentro, que nos conecta con el espíritu divino y nos da una esperanza de vida eterna”

No debe confundirse lo espiritual con lo religioso. La espiritualidad, según la OMS, se refiere a aquellos aspectos de la vida humana que tienen que ver con las experiencias que trascienden los aspectos sensoriales. No es lo mismo lo espiritual que lo religioso, aunque para muchos la dimensión espiritual incluye el componente religioso, que se percibe vinculado al significado y al propósito y, al final de esta vida, con la necesidad del perdón, la reconciliación o la afirmación de los valores.

La espiritualidad en la persona mayor la define; la hace sentir más deseosa de la trascendencia; la interpela ante el mundo de los valores, priorizando aquellos esenciales frente a los no esenciales. Dicha espiritualidad lleva a experimentar la confianza en Dios. A semejanza del alpinista que, al coronar la cima de la montaña que está escalando, contempla el trayecto recorrido, cuando se llega a cierta edad y mirando atrás, se constata que el amor de Dios le ha ido acompañando a lo largo de su vida.

Por eso, los agentes de pastoral que se acercan a los que sufren y se sienten solos deben saber que estas personas necesitan hacer una relectura de su vida y encontrar sentido a la misma, liberarse de la culpabilidad, perdonarse y sentirse perdonados, depositar sus vidas en algo más allá de sí mismas; necesitan la esperanza de la vida eterna, no ilusiones falsas; necesitan expresar sus sentimientos y vivencias religiosas.

La dimensión pastoral del acompañamiento al enfermo en el proceso final de esta vida tiene que ser contemplada y ejercida desde la implicación total, desde un compromiso que incluye vocación, formación y sentido de Iglesia. Es preciso una labor de concienciación, así como un esfuerzo de organización en las comunidades parroquiales, para que se creen equipos de voluntarios, suficientemente formados, con madurez y discreción, capaces de atender esta delicada tarea pastoral, con la determinación de acoger, comprender y acompañar en la esperanza o desesperanza, en la fe o en la duda”.

Los santos, como Teresa de Jesús, nos dan buen ejemplo de fortaleza y fe ante el misterio de la muerte:

“Vivo sin vivir en mí y en tan alta vida espero que muero porque no muero”.

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote
www.semillacristiana.com

Salamanca, 2 de febrero de 2023